

las formas que deberían observarse en el juicio de Luis XVI. Si pasado este tiempo no presentaba la comisión su trabajo, todo individuo tendría entonces derecho de ocupar la tribuna para tratar sobre esta gran cuestión.

Nuevas polémicas y atenciones impidieron que se instruyera el informe sobre Marat, que no fué presentado ni aun mucho tiempo después; pero la comisión legislativa preparó el suyo sobre la augusta y desgraciada familia encerrada en el Temple.

Europa tenía en aquel momento fija la vista en Francia. Contemplábase con asombro á aquellos súbditos, á quienes se creyó al principio débiles, y que victoriosos ahora y conquistadores, tenían suficiente audacia para lanzar un reto á todos los tronos. Observábase con inquietud lo que trataban de hacer, y aun se esperó que su atrevimiento tendría un límite. Sin embargo, se preparaban acontecimientos militares que iban á redoblar su embriaguez, aumentando la sorpresa y el espanto del mundo.

CAPÍTULO III

Continuación de las operaciones militares de Dumouriez. — Modificación en el ministerio. — Pache, ministro de la Guerra. — Victoria de Jemmapes. — Situación moral y política de Bélgica. — Conducta política de Dumouriez. — Toma de Gante, Mons, Bruselas, Namur y Amberes. — Conquista de Bélgica hasta el Mosa. — Cambio en la administración militar. — Desavenencia entre Dumouriez, la Convención y los ministros. — Nuestra situación en los Alpes y en los Pirineos.

Dumouriez había salido para Bélgica á fines de octubre, y el 25 se hallaba ya en Valenciennes. Había combinado su plan general según la idea que le dominaba, y que consistía en atacar de frente al enemigo para obligarle á retroceder, aprovechando la gran superioridad numérica que se tenía sobre él. Si Dumouriez hubiera marchado sobre el Mosa con la mayor parte de sus fuerzas, hubiera podido impedir la incorporación de Clerfayt que llegaba de la Champaña, cortar el paso al duque Alberto, y ejecutar así lo que debió hacer al principio corriéndose por el Rhin y siguiendo este río hasta Cleves. Pero su plan era otro; prefería á una hábil marcha, una ocasión brillante que redoblara el valor de sus soldados, muy levantado ya por el cañoneo de Valmy, y que desterrase la opinión de que los franceses, excelentes para los golpes de mano, eran incapaces de ganar una batalla campal, opinión establecida en Europa hacía ya cincuenta años. La superioridad del número le permitía una tentativa semejante, y esta idea tenía su profundidad, lo mismo que las maniobras cuya falta de ejecución le valió una censura. Sin embargo, no dejó de flanquear al enemigo, separándole de Clerfayt. Valence, situado al efecto á lo largo del Mosa, debía marchar desde Givet sobre Namur y Lieja con el ejército de las Ardenas, compuesto de diez y ocho mil hombres. D'Harville tenía orden de emprender un movimiento con doce mil entre el gran ejército y Valence, para rodear al enemigo más de cerca. Tales eran las disposiciones de Dumouriez por su derecha; por su izquierda, Labourdonnaie debía marchar desde Lila, recorrer la costa de Flandes, apoderarse de todas las plazas marítimas, y una vez en Amberes, costear la frontera holandesa avanzando hasta el Mosa en Ruremonde. De este modo quedaba Bélgica encerrada en un círculo cuyo centro ocupaba Dumouriez con un contingente de 40.000 hombres, pudiendo arrollar al enemigo en el primer punto en que tratara de hacer frente á los franceses.

Impaciente por entrar en campaña y lanzarse en el vasto campo que le abría su ardiente imaginación, Dumouriez procuraba apresurar la llegada de las provisiones prometidas en París, y que debieron estar el 25 en Valenciennes. Serván había hecho dimisión del cargo de ministro de la Guerra, prefiriendo al caos de la administración las funciones menos agitadas de un mando en el ejército, y restablecía su cabeza y su salud en el campamento de los Pirineos. Roland había pro-

puesto y hecho aceptar en lugar suyo á Pache, hombre sencillo, ilustrado y laborioso, que abandonando en otro tiempo la Francia para ir á establecerse en Suiza, volvió en la época de la revolución, renunció á la pensión que recibía del mariscal de Castries, y distinguióse en las oficinas del ministerio de la Gobernación por su talento y una aplicación notables. Provisio siempre de un pedazo de pan en el bolsillo, y sin salir del ministerio ni aun para comer, trabajaba durante días enteros, y había agradado á Roland por sus costumbres y su celo. Serván pidió que se le dejara durante su difícil administración de agosto y septiembre, y Roland no le cedió sin sentimiento, y sólo teniendo en cuenta la importancia de los trabajos de la dependencia de Guerra. Pache prestó en su nuevo destino los mismos servicios que en el primero, y cuando quedó vacante el ministerio de la Guerra, fué propuesto al punto para ocuparle, como uno de esos seres oscuros, pero preciosos, á los que la justicia y el interés público debían asegurar una rápida carrera. Pache, obsequioso y modesto, agradaba á todo el mundo, y no podía menos de ser aceptado, contando naturalmente los girondinos sobre la moderación política de un hombre tan pacífico, tan sabio, y que por otra parte les debía su fortuna.

Los jacobinos, á quienes trataba con la mayor deferencia, ensalzaban su modestia, oponiéndola á lo que ellos llamaban el orgullo y la dureza de Roland. En cuanto á Dumouriez, quedó prendado de un ministro que parecía más fácil de manejar y más dispuesto á secundar sus miras. El general tenía en efecto nuevos resentimientos contra Roland: éste le había escrito en nombre del consejo una carta en la cual le vituperaba por querer imponer demasiado sus planes al ministerio, y manifestábale tanta más desconfianza cuanto mayor talento se le suponía. Roland era leal, y lo que decía en el secreto de la correspondencia lo habría sostenido en público.

Dumouriez, desconociendo la honrada intención de Roland, había dado sus quejas á Pache, quien las recibió y le consoló con sus lisonjas de las desconfianzas de sus colegas.

Tal era el nuevo ministro de la Guerra: colocado entre los jacobinos, los girondinos y Dumouriez, escuchaba las quejas de unos contra otros, conciliábase la buena voluntad de todos con sus palabras y su deferencia, y haciales esperar un apoyo y un amigo.

Dumouriez atribuyó á la modificación ministerial el

retraso que sufría el abastecimiento de su ejército. No había llegado la mitad de las municiones y fornituras prometidas, y el general se puso en marcha sin aguardar el resto, escribiendo á Pache que necesitaba indispensablemente treinta mil pares de zapatos, veinticinco mil mantas, efectos de campamento para 40.000 hombres, y sobre todo dos millones en metálico para dar la paga á las tropas, que entrando en un país donde los asignados no tenían curso, debían pagar en moneda contante cuanto compraran. Prometiéndose todo, y Dumouriez, excitando el ardimiento de sus tropas, y estimulándolas con la perspectiva de una próxima y segura conquista, las hizo avanzar, aunque desprovistas de cuanto se necesitaba para una campaña de invierno, bajo un clima riguroso.

La marcha de Valence, retardada por una escaramuza cerca de Longwy, y por la falta de todos los efectos militares, que no llegaron hasta noviembre, permitió á Clerfayt pasar sin obstáculo desde el Luxemburgo á Bélgica y reunirse con el duque Alberto, con doce mil hombres. Dumouriez, renunciando por el pronto á valerle de Valence, aproximó á él la división del general d'Harville, y avanzando con sus tropas hasta Quarembou y Quiévrain, apresuróse á estrechar al enemigo. El duque Alberto, fiel al sistema austriaco, había formado un cordón desde Tournai hasta Mons, y aunque contaba con treinta mil hombres, apenas tenía veinte mil delante de la ciudad de Mons. Dumouriez, estrechándole de cerca, llegó el 3 de noviembre ante el molino de Boussu, y dispuso que su vanguardia, mandada por el intrépido Beurnonville, desalojase al enemigo situado en las alturas. El ataque fué ventajoso al principio; pero rechazada después nuestra vanguardia, fué forzoso retirarse. Sin embargo, comprendiendo Dumouriez cuán importante era no retroceder desde el principio, mandó avanzar de nuevo á Beurnonville, hízole tomar todos los puntos enemigos, y en la tarde del 5 se halló en presencia de los austriacos, atrincherados en las alturas que circunvalan la ciudad de Mons.

En estas alturas, dispuestas circularmente delante de la plaza, hay tres pueblos, Jemmapes, Cuesmes y Berthaimont. Los austriacos, que esperaban ser atacados, habían resuelto imprudentemente mantenerse allí, á cuyo fin se consagraron desde mucho tiempo antes á fortificar la posición de modo que fuera casi inexpugnable. Clerfayt ocupaba á Jemmapes y Cuesmes; un poco más lejos acampaba Beaulieu sobre Berthaimont; varias pendientes rápidas, bosques, empalizadas, catorce reductos, una artillería formidable, convenientemente escalonada, y veinte mil hombres, protegían estas posiciones, de tal modo que era casi imposible acercarse á ellas. Los cazadores tiroleses ocupaban los bosques que se extienden debajo de las alturas; la caballería, situada en el intervalo de los cerros, y particularmente en el portillo que separaba á Jemmapes de Cuesmes, estaba dispuesta á desembocar y caer sobre nuestras columnas, apenas se pusieran en movimiento para evitar el fuego de las baterías.

A la vista de este campamento tan fuertemente atrincherado se estableció Dumouriez, formando su ejército en semicírculo, paralelamente á las posiciones enemigas. El general d'Harville, que acababa de reunirse con el grueso del ejército en la tarde del 5, reci-

bió orden de maniobrar en el ala derecha de nuestra línea; desde la mañana del 6 debía flanquear las posiciones de Beaulieu, esforzándose para ponerse á su retaguardia y ocupando después las alturas por detrás de Mons, única retirada de los austriacos. Beurnonville, formando la derecha misma de la línea de ataque, tenía orden de marchar sobre el pueblo de Cuesmes; y el duque de Chartres, que servía en nuestro ejército con el grado de general, y que aquel día mandaba el centro, debía atacar de frente á Jemmapes, tratando al mismo tiempo de penetrar por un portillo que separaba á este último pueblo de Cuesmes. Por último, el general Ferrand, revestido del mando de la izquierda, estaba encargado de atravesar un pueblecillo llamado Queregnón, dirigiéndose hacia uno de los flancos de Jemmapes. Todos estos ataques debían ejecutarse en columnas por batallones, hallándose dispuesta la caballería á sostenerlos detrás y en los lados; la artillería se situó de modo que pudiera batir cada reducto por los flancos, y, si era posible, apagar sus fuegos. Una reserva de infantería y caballería esperaba el resultado de las operaciones más allá del riachuelo de Wame.

Durante la noche del 5 al 6, el general Beaulieu propuso salir de las trincheras, á fin de caer inopinadamente sobre los franceses, para desconcertarlos por medio de un repentino ataque nocturno. Esta enérgica proposición no fué admitida, y así es que el 6, á las ocho de la mañana, los franceses estaban ya en orden de batalla, poseídos de valor y de esperanza, aunque bajo un fuego mortífero y á la vista de atrincheramientos casi inexpugnables. Sesenta mil hombres cubrían el campo de batalla, y tronaban cien cañones al frente de los dos ejércitos.

El fuego de la artillería se empeñó desde por la mañana: Dumouriez ordenó á los generales Ferrand y Beurnonville comenzar el ataque, el uno por la izquierda y el otro por la derecha, mientras que él mismo esperaba en el centro el momento de obrar, y en tanto que d'Harville, flanqueando las posiciones de Beaulieu, iría á cortar la retirada. Ferrand atacó débilmente, y Beurnonville no consiguió apagar el fuego de los austriacos; eran las once, y el enemigo no había hecho suficiente movimiento en los lados para que se pudiera abordarle de frente. Dumouriez envió entonces á su fiel Thouvenot al ala izquierda para decidir el éxito: este jefe, haciendo cesar un inútil cañoneo, atraviesa por Queregnón, da la vuelta por Jemmapes, y avanzando con la cabeza baja y la bayoneta calada, las tropas franquean la altura por un lado y llegan al flanco de los austriacos.

Al saber Dumouriez este movimiento, resuélvese á comenzar el ataque de frente, y marcha con el centro directamente sobre Jemmapes. Después de haber hecho avanzar su infantería por columnas, manda á los húsares y dragones ocupar el portillo entre Jemmapes y Cuesmes, desde donde se iba á lanzar la caballería enemiga. Nuestras tropas, poniéndose en movimiento, atraviesan sin vacilar el espacio intermedio; pero una brigada, viendo desembocar por el portillo á la caballería austriaca, titubea, retrocede y descubre el flanco de nuestras columnas. En aquel instante, el joven Bautista Renard, simple criado de Dumouriez, cediendo á una inspiración de valor y de inteligencia, corre al encuentro

del general de aquella brigada, repréndele su debilidad, le indica el riesgo y le induce á volver al portillo. Habíase manifestado cierta conmoción en todo el centro, y nuestros batallones comenzaban á arremolinarse bajo el fuego de las baterías, cuando el duque de Chartres se lanza en medio de las filas, las rehace, forma á su alrededor un batallón al que da el nombre de *batallón de Jemmapes*, y le conduce intrépidamente contra el enemigo. De este modo se restablece el combate; pero Clerfayt, flanqueado ya por una parte y amenazado de frente, resiste sin embargo con heroica firmeza.

Dumouriez, testigo de todos estos movimientos, pero incierto en cuanto al éxito, corre á la derecha, donde la lucha no se decidía á pesar de los esfuerzos de Beurnonville. Su intención era terminar bruscamente el ataque, ó bien replegar su ala derecha, utilizándose de ella para proteger la retirada del centro, si llegaba á ser necesario un movimiento retrógrado.

Beurnonville había hecho inútiles esfuerzos contra el pueblo de Cuesmes, y ya iba á replegarse, cuando Dampierre, que mandaba un punto de ataque, llama á sí algunas compañías y se lanza audazmente en medio de un reducto. En el mismo momento en que Dampierre hacía esta valerosa tentativa, llega Dumouriez, y encuentra á los demás batallones sin jefe, expuestos á un fuego terrible, y vacilando en presencia de los húsares imperiales, que se preparan á cargar. Estos batallones eran los que en el campamento de Maulde habían cobrado tanto afecto á Dumouriez: el general los alienta y dispone para resistir enérgicamente á la caballería enemiga. Una descarga á quemarropa contiene á esta última, y los húsares de Berchiny, lanzados oportunamente sobre ella, acaban de ponerla en fuga. Dumouriez, poniéndose entonces á la cabeza de sus batallones, y entonando con ellos el himno de los marselleses, los arroja en pos de sí contra los atrincheramientos, arrolla cuanto se le pone por delante y apodérase del pueblo de Cuesmes.

Después de obtener este triunfo, Dumouriez, siempre inquieto por el centro, parte de nuevo á galope, seguido sólo de algunos escuadrones; pero mientras corre le sale al encuentro el joven duque de Montpensier para anunciarle la victoria en el centro, debida principalmente á su hermano el duque de Chartres. Jemmapes quedaba, pues, invadido por el flanco y de frente; Cuesmes había caído en nuestro poder, y Clerfayt, no pudiendo ya oponer resistencia, debía retirarse. Abandonó, pues, el terreno después de una brillante defensa, cediendo á Dumouriez una victoria tan caramente disputada.

Eran las dos: nuestras tropas, rendidas de fatiga, pedían un instante de reposo; Dumouriez se lo concede y manda hacer alto en las alturas mismas de Jemmapes y de Cuesmes. Para perseguir al enemigo contaba con d'Harville, que tenía orden de cercar á Berthaimont, cortando la retirada á los austriacos.

Sin embargo, como la orden no era bastante explícita y fué mal comprendida, d'Harville permaneció á la vista de Berthaimont, cañoneando inútilmente las alturas. Clerfayt retiróse, pues, protegido por Beaulieu, que no había sufrido pérdida alguna, y ambos tomaron el camino de Bruselas, que no les cerraba d'Harville.

La batalla había costado á los austriacos mil quinientos prisioneros y cuatro mil quinientos muertos ó heri-

dos, siendo poco más ó menos iguales las pérdidas de los franceses. Dumouriez encubrió estas últimas, representándolas sólo por algunos centenares de hombres. Se le ha censurado porque no flanqueó al enemigo, marchando sobre su derecha, á fin de sorprenderle por retaguardia, en vez de obstinarse en el ataque de la izquierda y del centro. Ya tuvo idea de hacerlo al mandar á d'Harville que costeara á Berthaimont; pero no se fijó bastante; su viveza, que á menudo le impedía reflexionar, y su deseo de una acción brillante, le indujeron á preferir en Jemmapes, como en toda la campaña, un ataque de frente.

En cuanto á lo demás, con su presencia de ánimo y su ardimiento en medio de la acción, había entusiasmado á nuestras tropas, comunicándoles un valor heroico. El efecto producido por esta brillante acción fué prodigioso; la victoria de Jemmapes colmó por un instante de alegría á toda la Francia, y fué para Europa una nueva sorpresa. En todas partes se hablaba de aquella artillería arrostrada con tanta serenidad, de aquellos reductos escalados con tanta audacia; exageróse el peligro y la victoria, y toda Europa reconoció de nuevo en los franceses la facultad de ganar grandes batallas.

Todos los republicanos sinceros de París recibieron con la mayor alegría esta noticia y prepararon festejos. El criado de Dumouriez, el joven Bautista Renard, fué presentado á la Convención, que le recompensó con una corona cívica y una charretera de oficial. Los girondinos, por patriotismo y por justicia, aplaudieron el triunfo de Dumouriez, y los jacobinos, aunque sospechando de él, aprobaron del mismo modo, por la necesidad de admirar el éxito de la revolución. Sólo Marat, reprendiendo á todos los franceses su entusiasmo, pretendió que Dumouriez había debido mentir respecto al número de sus muertos; que no se atacaba una montaña á tan poca costa; que no había cogido bagajes ni artillería; que los austriacos se iban tranquilamente, pareciendo aquello más bien una retirada que una derrota. En su concepto, Dumouriez hubiera podido sorprender al enemigo de otro modo; y mezclando con su sagacidad el furioso afán de calumniar, Marat añadía que aquel ataque de frente no tuvo más objeto que inmolarse á los intrépidos batallones de París; que sus colegas en la Convención y en los jacobinos, todos los franceses, en fin, eran unos aturdidos; y que en cuanto á él, reconocería á Dumouriez como un buen general cuando toda la Bélgica quedara sometida, sin que se escapase un solo austriaco, y como buen patriota cuando la revolución agitara toda la Bélgica y adquiriese ésta su completa libertad.

«Vosotros los franceses, decía, estáis muy dispuestos á admirarlo todo en el acto, y por lo mismo os exponéis más á recibir un desengaño. Un día deponéis á Montesquiou; os anuncian que ha conquistado la Saboya y le aplaudís; le desecháis de nuevo, y sois el blanco de la burla general con estas idas y venidas.

»Por lo que á mí hace, desconfío y acuso siempre; y en cuanto á los inconvenientes de semejante propensión, son incomparablemente menores que los de la contraria, pues jamás comprometen la salvación pública. Sin duda podrán exponerme á equivocaciones respecto á varios individuos; mas atendida la corrupción del siglo y la multitud de enemigos de toda libertad, por educa-

ción, por principios y por interés, se pueden apostar mil contra uno á que no me equivocaré considerándoles á todos como intrigantes y bribones públicos, dispuestos siempre á maquinarse.

»Resulta, pues, que estoy mil veces menos expuesto á ser engañado en cuanto á los funcionarios públicos; y mientras que la funesta confianza que en ellos se tiene les permite conspirar contra la patria con tanta audacia como seguridad, la desconfianza eterna que inspirarían al público, según mis principios, no les dejaría dar un paso sin temor de ser descubiertos y castigados (1).»

Esta batalla abría las puertas de Bélgica á los franceses; pero allí debía tropezar Dumouriez con graves dificultades: en el territorio conquistado, la revolución francesa influía sobre las inmediatas para apresurarlas ó asimilárselas; y en nuestro ejército penetraba la demagogia en las administraciones, desorganizándolas para purificarlas.

En Bélgica había varios partidos: el primero, el de la dominación austriaca, no existía sino en los ejércitos imperiales, batidos por Dumouriez; el segundo, compuesto de toda la nación, nobles, sacerdotes, magistrados y pueblo, rechazaba unánimemente el yugo extranjero y quería la independencia de la nación belga; pero este último se subdividía en otros dos. Los sacerdotes y los privilegiados deseaban conservar los estados primitivos, las antiguas instituciones, la demarcación de clases y provincias, todo, en fin, menos la dominación austriaca, y tenían en su favor una parte de la población muy supersticiosa todavía y muy afecta al clero. Los demagogos ó jacobinos belgas, por otra parte, querían una revolución completa y la soberanía del pueblo; deseaban ponerse al nivel de Francia, proclamando la igualdad absoluta. De este modo cada cual adoptaba de la revolución lo que le convenía: los privilegiados sólo conservar su antiguo estado; los plebeyos querían la demagogia y el reinado de la multitud. Ya se comprenderá que Dumouriez, atendidas sus inclinaciones, debía guardar un término medio entre los diversos partidos. Rechazando al Austria, á la cual combatía con sus tropas, condenaba las pretensiones exclusivas de los privilegiados, aunque no quería trasladar á Bruselas á los jacobinos de París para que surgiesen allí otros Chabot y Marat. Su objeto era, pues, contemporizar con la antigua organización del país, reformando únicamente el exceso de feudalismo. La parte ilustrada de la población se prestaba muy bien á estas miras; pero era difícil formar un todo á causa de la poca unión de las ciudades y de las provincias, y por otra parte, constituyéndola en la Asamblea, se le exponía á ser vencida por el partido violento. En el caso de obtener un buen resultado, Dumouriez pensaba unir la Bélgica al imperio francés, ya por alianza, ó bien por incorporación, completando así nuestro territorio. Hubiera deseado sobre todo impedir las dilapidaciones, asegurando los inmensos recursos del país para la guerra, y no indisponer á ninguna clase, á fin de que no destruyese su ejército una insurrección. Proponíase principalmente contemporizar con el clero, que ejercía una gran influencia en el espíritu del pueblo; y quería, en fin, cosas que la práctica de las re-

(1) *Diario de la república francesa*, por Marat, *El amigo del pueblo*, núm. 43, del lunes 12 de noviembre de 1792.

voluciones nos ha hecho reconocer como imposibles, cosas á que debe renunciar de antemano con entera resignación todo genio administrativo y político. Ya veremos después desarrollarse sus planes y proyectos. Al entrar en Bélgica prometió en una proclama respetar las propiedades, las personas y la independencia nacional. Dispuso que se respetase todo, que las autoridades continuaran en el desempeño de sus funciones, que se siguiera cobrando los impuestos, y que se constituyeran en el acto asambleas primarias para formar una Convención Nacional que decidiera de la suerte de Bélgica.

Sin embargo, preparábanse para Dumouriez otras dificultades de distinta gravedad. Por motivos de política, por el bien público y la humanidad, pudo desear para Bélgica una revolución prudente y mesurada; pero érale necesario mantener á un ejército, asunto el más importante para él. Como general, estaba ante todo obligado á ser vencedor, y para ello necesitaba disciplina y recursos. Habiendo entrado en Mons en la madrugada del 7 de noviembre, en medio de la alegría de los brabanzones, quienes le ofrecieron una corona, así como al intrépido Dampierre, hallóse, no obstante, en los mayores apuros. Sus comisarios de guerra estaban en Valenciennes, y no llegaba cosa alguna de lo que se le había prometido: necesitaba renovar el vestuario para sus soldados casi desnudos, abundantes víveres, caballos para la artillería, carros para facilitar el movimiento, sobre todo en un país donde los transportes eran muy difíciles, y en particular dinero para pagar á las tropas, porque en Bélgica no se aceptaban voluntariamente los asignados, tanto más cuanto que los emigrados habían contribuido á su descrédito repartiendo muchos falsos. Por otra parte, á ningún pueblo le agrada participar de los apuros de otro, aceptando el papel que representa sus deudas.

La impetuosidad del carácter de Dumouriez llegaba hasta la imprudencia, y por lo mismo no era permitido creer que hubiese permanecido desde el 7 hasta el 11 en Mons, dejando al duque de Sajonia-Teschen retirarse tranquilamente, á no haberle retenido á su pesar el servicio administrativo, exigiendo de su parte una suma de atención que hubiera debido fijar sólo en los detalles militares. Su plan, muy bien concebido, consistía en tratar personalmente con los belgas para obtener víveres, forrajes y todo género de provisiones, lo cual le reportaría muchas ventajas. Los artículos de consumo se hallaban en la misma localidad, por lo cual no eran de temer las tardanzas; y por otra parte, las compras interesaban á muchos belgas hallándose en presencia de los ejércitos franceses. Pagando con asignados á los vendedores, éstos debían favorecer la circulación, no siendo por lo tanto necesario imponerla forzosamente, lo cual era muy importante, porque todo individuo que recibe una moneda forzosa se considera como robado por la autoridad que la impone, y esto es lo que excita más pronto el resentimiento de un pueblo. Dumouriez había pensado además en negociar un empréstito con el clero, con la garantía de Francia, con lo cual obtendría fondos en numerario; y el clero, aunque sorprendido momentáneamente, tranquilizóse respecto á su existencia y sus bienes, puesto que se trataba con él. Por último, debiendo Francia pedir á los belgas indemnización por los gastos de una guerra libertadora, se hubie-

ra aplicado este desembolso al pago de los empréstitos, y con el aumento de una ligera suma quedaba pagada la guerra, y Dumouriez habría vivido á expensas de Bélgica, como ya lo tenía anunciado, sin vejarla ni desorganizarla. Sin embargo, estos eran planes del genio, y en tiempos de revolución, según parece, lo esencial es adoptar una medida decisiva: Dumouriez debió prever los desórdenes y desmanes que iban á seguirse, y marchar en el acto, ó resignarse con ellos, consintiendo en mostrarse violento para continuar siendo útil al frente de los ejércitos ó del Estado. Ningún hombre ha sido asaz indiferente á las cosas de este mundo para adoptar el primer partido; sólo uno, que fué grande, supo conservarse puro siguiendo el segundo. Tal es aquel que colocado en el comité de salvación pública, sin intervenir en sus actos políticos, se concretó á las atenciones de la guerra y *organizó la victoria*, acto lícito, permitido y siempre patriótico bajo todo régimen.

Dumouriez se había servido para sus contratas y operaciones financieras de un tal Malus, comisario de guerra, á quien apreciaba mucho porque era muy activo, sin cuidarse de si se contentaba ó no con una moderada ganancia; también utilizó los servicios de un antiguo abate llamado Espagnac, uno de esos libertinos de talento del antiguo régimen que desempeñaban todos los cargos con mucho acierto y destreza, dejando siempre tras sí una reputación dudosa. Dumouriez le envió al ministerio para explicar sus planes y obtener la ratificación de todos los compromisos contraídos. Demasiado daba ya que decir el general por la especie de dictadura administrativa que se arrogaba, y por su tibieza revolucionaria con los belgas, para ir á comprometerse más por su asociación con hombres sospechosos, y que, aun cuando no lo fueran, iban á serlo muy pronto. Efectivamente, entonces comenzó á propagarse un rumor general contra las antiguas administraciones, que, según decían, estaban llenas de bribones y de aristócratas.

Después de haber cumplido con las atenciones que exigían sus soldados, Dumouriez se ocupó en acelerar la marcha de Labourdonnaie. Este general, obstinándose en permanecer atrás, tardó mucho en penetrar en Tournai, y una vez allí promovió escenas dignas de los jacobinos, imponiendo fuertes contribuciones. Dumouriez le dió orden de marchar inmediatamente sobre Gante y el Escalda, para dirigirse á Amberes y acabar de circuir el país hasta el Mosa. Valence, llegado por fin á la línea después de involuntarias tardanzas, recibió orden de hallarse el 13 ó el 14 en Nivelles. Creyendo Dumouriez que el duque de Sajonia-Teschen se retiraría al otro lado del canal de Vilvorden, quería que Valence diese la vuelta al bosque de Soignies para ir á situarse detrás de dicho punto á fin de salir al encuentro del duque en el paso del Dyle.

El 11 salió de Mons y alcanzó, á pesar de su lentitud, al ejército enemigo, que á su vez se retiraba poco á poco, aunque en buen orden; pero mal servido por sus transportes, no pudo llegar bastante pronto para compensar las tardanzas que sufrió. El 13, avanzando en persona con una reducida vanguardia, cayó en medio del enemigo en Anderlecht, donde estuvo á punto de ser envuelto; pero con su habilidad y firmeza ordinarias desplegó sus escasas fuerzas, hizo mucho aparato con algunos cañones, y persuadió á los austriacos de que

tenía en el campo de batalla á todo su ejército. De este modo pudo contenerlos, ganando tiempo para ser socorrido por sus tropas, que al saber su crítica situación acudieron presurosas para sacarle de apuro.

El 14 penetró en Bruselas, donde le detuvieron de nuevo los entorpecimientos de la administración, pues no tenía dinero ni los recursos necesarios para el mantenimiento de sus tropas. Allí supo que el ministerio no había consentido en sus últimas contratas, excepto una sola, y que todas las antiguas administraciones militares se habían cambiado, siendo substituídas por una comisión llamada *de compra*. Sólo ésta tendrfa en lo futuro derecho de comprar lo necesario para el sostenimiento de los ejércitos, sin que fuese permitido á los generales intervenir en modo alguno.

Este era el principio de una revolución que se preparaba en las administraciones, y que iba á ser la causa de su completa desorganización durante algún tiempo.

Las administraciones que exigen una larga práctica ó una aplicación especial, son de ordinario aquellas en que más tarda en penetrar una revolución, porque excitan menos la ambición y porque la necesidad de conservar á las personas capaces las preserva del furor de los cambios. Así, pues, no se había introducido apenas ninguno en los estados mayores, en los cuerpos facultativos del ejército, en las oficinas de los diversos ministerios, en las antiguas administraciones de víveres, y sobre todo en la marina, que es de todos los ramos del arte militar el que requiere conocimientos más especiales. Por lo mismo no se dejaba de clamar contra los aristócratas que abundaban en estos cuerpos, y censurábase al Consejo ejecutivo porque no los substituí. La administración que más irritaba era la de los víveres, y dirigíanse justas reconvencciones á los proveedores, que por razón de su oficio, y sobre todo á favor de aquel momento de desorden, exigían en todas sus contratas precios exorbitantes, dando las peores mercancías á las tropas y robando así al Estado descaradamente. Elevábase en todas partes un grito general contra sus exacciones, y tenían sobre todo un adversario inexorable en el diputado Cambón de Montpellier. Muy aficionado á todos los ramos de hacienda y de economía pública, Cambón llegó á tener gran ascendiente en las discusiones de este género, y gozaba de toda la confianza de la Asamblea. Aunque demócrata exaltado, no cesó de clamar contra los abusos del Ayuntamiento, dejando sorprendidos á los que no comprendían que condenaba como hacendista los desórdenes que acaso hubiera dispensado como jacobino. Atacaba con mayor energía aún á los proveedores, acosándoles con toda la fogosidad de su carácter. Cada día denunciaba nuevos fraudes, reclamando la represión, y todos parecían estar de acuerdo con él. Los hombres honrados querían castigar á los bribones, los jacobinos perseguir á los aristócratas, y los intrigantes deseaban que vacasen destinos.

Concibióse, pues, la idea de formar un comité, compuesto de algunos individuos encargados de hacer todas las compras por cuenta de la república. Se creyó que este comité, único y responsable, libraría al Estado de los fraudes de la multitud de contratistas aislados, y que comprando solo para todas las administraciones, no haría subir los precios por la competencia, como sucedía cuando cada ministerio ó cada ejército trataban indi-